



EDITORIAL

Alberto Vieira (Presidente CEHA)

Partidas e chegadas

A Madeira foi sempre um cais de chegadas e partidas. À ilha aportaram os primeiros navegadores e aventureiros que no rochedo desenharam um espaço para a agricultura e morada. Dela, depois, partiram muitos filhos, sedentos de aventuras de descoberta de novos mundos ou em busca do pão para a boca. Improvisou-se, por séculos, um cais de partidas e chegadas. Fez-se do mar a principal via e só muito tardiamente no século XX se abriram outras vias. Mas, o mar, que tanto aproxima como afasta, foi quem abriu aos madeirenses as portas do mundo. Também serviu de morada a muitos destes que nunca alcançaram o seu destino. Na verdade, apenas se tinha certeza da partida, pois as condições muitas vezes não permitiam antever a chegada e os regressos.

Foi desta forma que o madeirense se espalhou pelo mundo, como descobridor de novas terras, divulgador de novas culturas e técnicas cultivares, ou apenas como o infeliz substituto do escravo nas plantações açucareiras doutras ilhas.

A sedução doutros paraísos insulares e da riqueza levou-os a múltiplas partidas. Nem sempre o sucesso lhe bateu à porta. O paraíso prometido deu, muitas vezes, lugar ao inferno das condições adversas do clima ou da exploração dos novos senhorios. Felizmente que nem tudo isto foi em vão e condenado ao fracasso. Muitos conseguiram singrar nos locais de destino de diversas formas. A sorte bateu-lhes à porta.

A partida era sempre o momento anunciado, mas o regresso tardava muitas vezes em acontecer. Apenas, e quase só o sucesso ditou o retorno, que ficou imortalizado na imagem do “demerarista”, brasileiro e venezuelano. Ontem e hoje ninguém quer regressar de mãos a abanar. Ninguém quer passar pela humilhação vicinal do insucesso. Todavia o século XX trouxe-nos inúmeros regressos nesta última condição e a ilha transformou-



SUMÁRIO

• A Emigração na História da Madeira	2
• “O Emigrante” de João França.....	4
• Figurações da emigração madeirense.....	8
• A Emigração na História da Madeira – o caso do Hawaii	13
• La emigración madeirense a las Islas Canarias: siglos XV, XVI y XVII.....	16
• Uma viagem de redescoberta das raízes e da identidade	19
• Manny de Freitas	22
• Empurrões do destino	24
• Madeirenses: Patrimônio da Humanidade.....	26
• Nós, Portugueses na Venezuela	30
• Carta de Londres	32
• Uma trinidadiana em Portugal.....	33
• Entre o mar e a saudade [notas de alguns poetas]	34
• A emigração na canção popular madeirense	36
• Deportação – a migração forçada (General Sousa Dias).....	38
• Breves apontamentos sobre mobilidade humana.....	40
• Nota de leitura.....	45

La emigración madeirense a las Islas Canarias: siglos XV, XVI y XVII

Javier Luis Álvarez Santos

Universidad de La Laguna, Tenerife

“La providencia, que había destinado aquel siglo para dar una portentosa extensión a los límites del mundo conocido, acababa de descubrir a los hombres, por medio de los portugueses, en 8 de julio de 1420, la frondosa isla de la Madera; y considerándola desde luego Maciot como un lugar de refugio en sus tribulaciones, determinó pasarse a ella con la esperanza de tener parte entre los que empezaban a poblarla con permiso del grande infante don Enrique, hijo de don Juan I de Portugal, que había cultivado su razón con el estudio de la geografía y matemáticas, para ser el monstruo de su siglo”.

José de Viera y Clavijo, *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias* (1772)

Es indudable que a lo largo de la Historia los archipiélagos de Madeira y Canarias han mantenido unas relaciones muy estrechas, tanto comerciales como personales. Quizás hoy, con el desarrollo de los nuevos medios de transporte y de comunicación, se ha perdido esta realidad de cercanía, de hermanos más que vecinos a pesar de pertenecer a diferentes metrópolis. No en vano, ambos espacios insulares conviven en la misma realidad, en el inmenso Atlántico, pero también comparten un mismo imaginario, el de las Islas Afortunadas.

Este interés por conocer la evolución de estos contactos han sido temas constantes dentro de la historiografía insular, tanto canaria como madeirense. Existe una larga tradición de historiadores clásicos insulares - Gaspar Frutuoso, Abreu Galindo o Viera y Clavijo - que hicieron el esfuerzo de componer una Historia General de las islas acordes con su tiempo. Esta preocupación por comprender quiénes, cómo y por qué se desarrollaron estos vínculos ha llegado hasta a nuestros días en formato de investigaciones científicas realizadas por destacados historiadores - Alberto Vieira, Lobo Cabrera, Torres Santana, etc.- y bajo el amparo de importantes instituciones como las dos universidades canarias y el CEHA.

¿Pero de dónde surgen estos lazos? La cercanía geográfica entre Madeira y Canarias favoreció la emigración entre ambos archipiélagos desde el primer momento de sus respectivas conquistas y ocupaciones, surgiendo la necesidad de un rápido poblamiento de las islas. Pocas décadas después del comienzo de la colonización de Madeira, a mediados del siglo XV, se materializan estos contactos. El infante D. Henrique, dentro de su deseo de expansión en el Atlántico, pretendió el dominio de las Islas Canarias. De este interés se aprovechó Maciot de Bethencourt, sobrino y sucesor del primer conquistador Jean de Bethencourt - a él alude Viera y Clavijo al principio de este texto-, quien vendió sus derechos al Infante. Además, señala el historiador Abreu Galindo en 1632 que:

“Acordó irse a vivir a la isla de la Madera; y allí se heredó y avecindó casando una hija única que tenía Doña María de Betancor, que no tuvo otro hijo legítimo con Ruy González Dacamara capitán de la isla de S. Miguel, hijo de D. Juan González Dacamara, primero Capitán de la isla de la Madera. Y esta señora Doña María de Betancor no tuvo hijos y heredaron su hacienda Enrique de Betancor y Gaspar de Betancor sobrinos de Mosen Maciot de Betancor cuyos herederos poseen hoy su hacienda y conservan en aquella isla el apellido de Betancor”.

Estos primeros contactos canario-madeirenses influyeron en la construcción de unos estrechos lazos entre los dos archipiélagos que perdurarán durante varios siglos. Numerosos esclavos canarios comenzarán a llegar a Madeira, dedicándose sobre todo al trabajo de la caña de azúcar y a las labores de pastoreo. Pero también se requirió la ayuda de la isla portuguesa para la consolidación de la conquista de

Canarias. Por ejemplo, Juan de Vera, gobernador de Gran Canaria, mandó traer de Madeira árboles frutales, parras y cañas para la puesta en cultivo de la isla. De esta forma, comienza la influencia madeirense en la agricultura canaria.

Sin embargo, el periodo álgido de estas relaciones coincide con la Unión Ibérica. Así, en 1582 el rey Felipe II envió a D. Agustín de Herrera, conde de Lanzarote, a apaciguar la isla de Madeira con unos trescientos hombres. Durante su estancia, el conde aprovechó para enlazar con una de las familias más prósperas de la Isla casando a una de sus hijas, Doña Juana de Herrera, con D. Francisco Achioli de Vasconcelos, hijo de Cenobio Cleacijo Achioli, de origen florentino. Esta relación entre las islas continuará ya que años después, estos descendientes de Agustín de Herrera marcharán a Lanzarote reclamando parte de su herencia. Del mismo modo, a finales del siglo XVI Doña María de Moxica, señora de la isla de Fuerteventura, enlazó a su hija Constanza de Sarmiento en Madeira con D. Gonzalo de Freitas, comendador de Machico.

Por tanto, vemos cómo se van consolidando estas relaciones entre Canarias y Madeira según avance el Seiscientos a través de la creación de lazos familiares en ambos territorios. Conexiones no sólo de las principales familias, sino también será exportable al resto de la sociedad. Pero para profundizar en estos vínculos debemos conocer el contexto en el que se desarrolla. Es cierto que la Unión Ibérica favoreció su desarrollo, pero con anterioridad las islas atlánticas orientales se convirtieron en plataforma estratégica de los europeos – especialmente de portugueses y castellanos- para los intereses de éstos en África y en el Nuevo Mundo, como base de aprovisionamiento y para el despacho de mercancías.

De la importancia de este tráfico interinsular surgirá la leyenda de que un piloto de navío andaluz, Alonso Sánchez, que con su embarcación hacía la ruta comercial entre Gran Canaria y Madeira, y que en un fuerte temporal llegaría hasta América. Éste habría sido quien hubiese descrito a Colón cómo llegar a las Indias.

La permanencia de esta ruta atlántica aceleró una serie de cambios en la actividad mercantil de las islas. Éstas dedicaron buena parte de sus recursos agrícolas a la exportación, por lo que era frecuente episodios de grave necesidad de alimentos. Esta circunstancia derivó en un modelo de subsistencia propio entre Madeira, Azores y Canarias caracterizado por la complementariedad entre ellas. Así, de Madeira llegaban a Canarias frutos y paños; mientras que de Azores suministraba cereales a los otros dos archipiélagos. Por su parte, los canarios se especializaron en el comercio de vinos, sin embargo algunas islas – primero Tenerife, y luego Lanzarote y Fuerteventura - también se

dedicaron a proveer de granos a Madeira. Así sucedió en el año 1588 cuando, en el nombre del obispo, el canónigo de la catedral de Canarias y vicario en Tenerife, vendió a Francisco de Medina, vecino de Madeira, cierta cantidad de trigo y cebada procedentes de Lanzarote y Fuerteventura que pertenecían a las rentas del obispado. También era frecuente que navegantes madeirenses participasen en los intercambios dentro del propio archipiélago canario, generalmente transportando alimentos desde las islas de Lanzarote y Fuerteventura a Gran Canaria, Tenerife y La Palma.

Pero estos contactos comerciales surgen simultáneamente como consecuencia de las migraciones humanas. Desde fines del siglo XVI el archipiélago español se sitúa en primer lugar en la emigración madeirense. Esta acentuada presencia fue el resultado de las posibilidades económicas que Canarias ofrecía, así como por la demanda de mano de obra y la posibilidad de penetración mercantil en la costa africana y en el continente americano. Sin ninguna duda, el trabajo agrícola va a ser la principal actividad que desarrollen los madeirenses que se establezcan en Canarias. Su influencia radicó, no sólo en su participación en la puesta en cultivo de la caña de azúcar, sino también en la transformación del nuevo paisaje agrícola a finales del siglo XVII con el desarrollo de la vid. Los madeirenses conocían las repercusiones de una crisis azucarera que en esos momentos vivía Canarias, por lo que eran conscientes de las medidas que debían tomar para reestructurar esta economía isleña.

Sin embargo, no sólo fueron campesinos. También participaron en otras actividades. Destacan sobre otros portugueses como artesanos, junto con los azorianos. Conocida era el trabajo de la piel y del calzado en Madeira, por lo que eran reconocidos los madeirenses en Canarias como buenos zapateros. Incluso, era frecuente que maestros artesanos llamasen a jóvenes madeirenses para que fuesen a trabajar como aprendices. También llegaron con frecuencia de Madeira a Canarias profesionales liberales como médicos y boticarios, habitualmente requeridos por los gobiernos de las islas. En menor medida, también se asentaron en Canarias comerciantes y navegantes procedentes de Madeira. Esta poca presencia de los madeirenses en las actividades mercantiles se debe entender en la medida de que el mayor volumen de negocios del archipiélago español se desarrollaba con América y Europa. Como hemos señala-

do anteriormente, aunque intenso, el trato entre Canarias y Madeira era de carácter complementario.

A pesar de la cercanía entre ambos archipiélagos, el trabajo desarrollado por los madeirenses en Canarias, principalmente el agrícola, conllevaba la estancia de largas temporadas fuera de su hogar. Generalmente, los contratos agrarios requerían la obligación de más de cuatro años de trabajo y la actividad artesanal necesitaba habitualmente de un largo proceso formativo hasta conseguir el grado de maestro. En esta coyuntura será habitual que el contingente madeirense termine por integrarse en la nueva sociedad. Como señala Alberto Vieira, la clase mercantil de origen madeirense asentada en Canarias a partir de la Unión Ibérica renuncia a su condición de estante para adquirir el de vecinos o residentes. Sin ninguna duda, la continuidad y aumento de las conexiones canario-madeirenses a partir de este periodo facilitará su integración.

Este interés por establecerse en Canarias, quizás más que los continentales, derivará en que muchos de ellos se casen con los naturales y formen una familia. No obstante, probablemente por esta cercanía y proliferación de las conexiones, un número significativo de los madeirenses fueron procesados por el Santo Oficio por el delito de bigamia. Ciertamente, en los estudios realizados a este respecto, los portugueses representaban el 35% de todos los encausados por este delito hasta antes de 1640. De estos, más de la mitad procedían de Madeira y Azores.

A pesar de ello, los madeirenses – junto con los azorianos - debieron conformar el grupo de portugueses que más población aportó a Canarias, así como los que mejor se adaptaron a esta sociedad. Este interés por establecerse se percibe en el número elevado de escrituras notariales de madeirenses que acuerdan dotes y formulan testamentos. Este establecimiento permanente asimismo se comprueba en las memorias de bienes que redactan, en las que se cita no sólo a material de trabajo, dinero y ropa, sino también a casas propias en Canarias. Sin embargo, en algunas ocasiones, aluden a casas en Madeira, por lo que a pesar de la integración en la nueva sociedad, aún mantienen fuertes lazos con su tierra de origen. En este sentido, estos madeirenses asentados en Canarias reclamarán, a través de los poderes notariales, bienes y herencias de familiares en su región de procedencia.

Además, este modelo emigratorio obedece a otra pauta. Con frecuencia, los emigrantes portugueses utilizan la isla de Madeira como escala antes de llegar a Canarias. Y dentro del archipiélago canario, arriban primero a Lanzarote para luego pasar a las islas más prósperas de Tenerife, y Gran Canaria. Efectivamente, esta isla canaria a menudo fue la puerta de entrada al resto de Canarias para los proce-

dentes de Portugal, en especial para los madeirenses y azorianos. A su vez, este acceso se realizaba pasando por Madeira, donde habitualmente se hacía una escala de varios años.

Pero los cambios que se suceden tras los acontecimientos de 1640 cambiarán para siempre estas relaciones. Así, un grupo que hasta entonces era bien considerado por los canarios comenzará a desaparecer paulatinamente. La Restauración para Canarias fue un suceso trágico del que tardó mucho tiempo en recuperarse ya que se perdía gran parte de los mercados consumidores de los productos canarios. Pero también se lloraba la pérdida de un hermano bien avenido. Así, lo primero que hizo el gobierno de Tenerife tras conocer los sucesos fue una procesión por la paz y asegurarse el avituallamiento por otros medios, ya que eran conscientes los canarios que la ruta que suministraba de víveres procedentes de las islas portuguesas había desaparecido. Además se procedió al armamento de los baluartes por las posibles represalias pero también, como señala Vieira y Clavijo, entre algunos sectores la sociedad se pensó que por la cercanía entre Madeira y Lanzarote y por el número elevado de portugueses que en ella residían, era posible una invasión por parte de la isla portuguesa para atraerla a su rebelión. Sin embargo, el propio autor desmiente estas intenciones. Pero lo que sí refleja es que:

“...habiendo cortado estas novedades el curso al comercio útil y floreciente que de un siglo a aquella parte se cultivaba entre aquellas dos islas vecinas, ocasionaron en nuestros isleños unos irreparables atrasos”.

Sin ninguna duda, los portugueses y en particular los madeirenses, fueron la comunidad extranjera que mejor se ha adaptado a Canarias, probablemente por la cercanía cultural, lingüística y religiosa. Pero también construyeron parte de la identidad de los canarios. Es indiscutible la labor de estos madeirenses en el desarrollo agrícola, artesanal y económico de Canarias. Esta constancia quedó grabada en el día a día de los canarios, en las técnicas de trabajo, en el uso de ciertos instrumentos, en los modos de construcción y, sobre todo, en el léxico. Numerosos portuguesismos referentes a trabajos y oficios se mantienen en el habla de Canarias. Seguramente la llegada de madeirenses y su capacidad de integración favorecieron su asimilación con normalidad por parte de los canarios.